

Unamuno. A lo que salga

Siempre he creído que los escritores y los publicistas debemos ser muy sobrios en hablar de cosas del oficio, de procedimientos o de técnica del arte de escribir para el público. Con facilidad se olvida uno de que al público le importa muy poco cómo estén hechas las cosas, con tal de que le sirvan para algo, y con facilidad también caemos en creernos poco menos que aislados en el mundo. Así sucede que en las redacciones de los periódicos suele escribirse para las otras redacciones más que para el público, y que preocupa más que la opinión de éste la de los colegas. Y de los escritores no digamos nada, pues es cosa sabida que, si hay doscientos que gesticulen y vociferen en el tablado de las letras, cada uno de ellos publica doscientos ejemplares de cada una de sus obras, y, con sendas dedicatorias, se los reparten entre sí.

Conviene que los jóvenes que se dedican a las letras no se hagan demasiadas ilusiones, persuadiéndose a tiempo de que su nombre llegará a ser mucho más conocido que sus obras. Desde que, al leer en Bilbao un discurso de Juegos Florales, tuve la suerte de que aquello fuera sonado y resonado y repercutiese por España toda, me han llamado a más de una población como a mantenedor de Juegos Florales, ya de cartel, y, cuando se acerca el verano, suelo decir a mis amigos: «Ya viene la temporada; veremos las contratas que me salen». He viajado así a Levante, al Mediodía y al Noroeste, y no puedo quejarme de la acogida que por dondequiera he hallado. Pero he podido también notar que era mi nombre, y no mis trabajos, lo que generalmente se conocía, y que, respecto a mí y a mi obra, tenían, los más de los que decían conocerme, los más disparatados prejuicios. Siete volúmenes, entre chicos y grandes, llevo publicados, y he podido percatarme de que los que más me habían seguido en la Prensa no conocían ninguno de ellos.

No traigo aquí esto para ponerme a disertar respecto al horror al libro que en España domina, sino para advertir a los jóvenes que a nuestro pueblo le interesan muy poco las empresas literarias, y que, por lo tanto, el hablar de técnica literaria es hablar en cotarro. Nuestro pueblo no quiere leer, sino que le lean o le reciten, y por eso cobra aquí reputación y fama antes el orador que el escritor, y el único género literario que da dinero es el dramático, pero el dramático que se representa.

Empecé a escribir todas estas consideraciones, aun siendo ellas tan vulgares y tan conocidas, para justificar mi propósito de hablar aquí de una cuestión de mera técnica literaria, de una de esas cuestiones que sólo a los del oficio nos interesan, y porque soy de los que creen que, en un concierto dado al público por un pianista, no debe irle éste con estudios, ni dificultades técnicas vencidas, ni prestidigitaciones de

ninguna clase. Mas, una vez que me he decidido a escribir de cosas de técnica literaria, ruego al lector no profesional que me lo tolere, y desde ahora le aseguro que, aunque sé por dónde he empezado este ensayo —o lo que fuere—, no sé por dónde lo he de acabar. Y de esto es precisamente de lo que quiero escribir aquí, de esto de ponerse uno a escribir una cosa sin saber adónde ha de ir a parar, descubriendo terreno según marcha, y cambiando de rumbo a medida que cambian las vistas que se abren a los ojos del espíritu. Esto es caminar sin plan previo, y dejando que el plan surja. Y es lo más orgánico, pues lo otro es mecánico; es lo más espontáneo.

Yo he sido casi siempre escritor ovíparo, y sólo desde hace algún tiempo me ha entrado la comezón de convertirme en escritor vivíparo. Y esto pide que explique aquí, aun cuando creo haberlo hecho en uno de esos innumerables articulillos que he ido desparramando por diarios y revistillas efímeras, pide que explique aquí, digo, qué entiendo por escritores ovíparos y qué por escritores vivíparos.

Hay quien, cuando se propone publicar una obra de alguna importancia o un ensayo de doctrina, toma notas, apuntaciones y citas, y va asentando en cuartillas cuanto se le va ocurriendo a su propósito para irlo ordenando de cuando en cuando. Hace un esquema, plano o minuta de su obra, y trabaja luego sobre él; es decir, pone un huevo y lo empolla. Así hice yo cuando empecé a trabajar en mi novela *Paz en la Guerra*, y lo traigo aquí por vía de ejemplo.

Escribí primero un cuento, y, apenas lo hube concluido, caí en la cuenta de que podía servir de núcleo, o más bien de embrión de una novela, y me puse a empollarlo. Día por día, y según estudiaba la historia de la última carlistada y de sus precedentes, iba añadiendo al cuento detalles, episodios y nuevas escenas. Metime de hoz y de coz en la rebusca de noticias referentes a la última guerra civil; tuve la paciencia de leer el montón de folletos carlistas que precedieron al levantamiento de 1872, los relatos de la guerra, y muy en especial cuanto se refería al bombardeo de mi pueblo, Bilbao —bombardeo del que, siendo casi un niño, fui testigo— y a las acciones de Somorrostro.

Con todo ello, y con observaciones respecto al paisaje de mi Vizcaya y al carácter de mis paisanos, observaciones tomadas en mis excursiones por mi tierra, iba aumentando el cuento. Cuando los añadidos, notas, episodios, etc., formaban una masa mayor que el núcleo, que el cuento primitivo, vino el meterlo todo en masa, el podar, el limar y ajustar, y de allí salió un nuevo relato, que era ya entre cuento largo y novela corta, lo que llaman los franceses una nouvelle. Y vuelta a empezar.

Y así, por una serie de expansiones y concentraciones sucesivas, llegué hasta fraguar la novela en que el cuento primitivo iba diseminado en una serie de escenas de costumbres vascas, y en un relato de gran

parte de la última guerra civil carlista, relato para cuya hechura procedí con tanta escrupulosidad como si se tratase de escribir una historia, pues no hay en él detalle que no pueda comprobar documentalmente. Y todo ello fue una verdadera empolladura de escritor ovíparo.

Hay otros, en cambio, que no se sirven de notas ni de apuntes, sino que lo llevan todo en la cabeza. Cuando conciben el propósito de escribir una novela, pongo por caso, empiezan a darle vueltas en la cabeza al argumento, lo piensan y repiensen, dormidos y despiertos, esto es, gestan. Y cuando sienten verdaderos dolores de parto, la necesidad apremiante de echar fuera lo que durante tanto tiempo les ha venido obsesionando, se sientan, toman la pluma, y paren. Es decir, que empiezan por la primera línea, y, sin volver atrás, ni rehacer ya lo hecho, lo escriben todo en definitiva hasta la línea última. Así me ha dicho que trabajaba uno de nuestros más celebrados novelistas, cuya pluma hace años está colgada. Estos son escritores vivíparos

Uno y otro modo de proceder tienen sus ventajas y sus inconvenientes respectivos, dice Gedeón, añadiendo un sinfín de perogrulladas. Yo casi siempre he producido ovíparamente; mas, desde hace algún tiempo, he ensayado a producir vivíparamente, y así van los ensayos que durante este año vengo publicando en diferentes revistas. En ninguno de ellos sabía a punto fijo, al empezarlo, cómo habría de terminar, sino que he ido dejándome llevar de mi pensamiento, como Don Quijote de Rocinante, al azar de los caminos o de los pastos.

El trabajo de empolladura tiene muy graves inconvenientes, y acaso el peor es el de que cuesta mucho trabajo sacrificar notas, observaciones y detalles; cuesta ser sobrio. En una crítica que Wyzewa hizo de la novela *Lourdes*, de Zola —novela que no conozco, pero sí a Zola como novelista, y éste sí que era ovíparo y empollón—, hacía notar con gran tino que el célebre novelista no pudo resistir al comeción de vaciar en su novela cuantas notas tomó en *Lourdes*, sin seleccionarlá, llenándola de detalles pueriles e insignificantes. Y, en efecto, las descripciones zolescas degeneran, con harta frecuencia, en descripciones de inventario, hechas por receta, y de una monotonía fatigante. Raro es el libro suyo en que hay fluidez, en que se vea que ha corrido la pluma desembarazada y libre, y sin el obstáculo de los cuadernitos de notas o la minuta previa.

Ocurre no pocas veces que lo costoso no es la obra, sino sus preparativos, como ocurre a las veces que cuesta más levantar el andamiaje de una torre que no la torre misma. Y luego que el arquitecto levantó la torre, cuando conviene derribar el andamiaje y dejarla exenta y libre, para que su gallardía resalte sobre el cielo, le da pena derribarlo, y se dice: «¿y cómo van a conocer ahora el trabajo que me ha costado levantar esta torre?». Y deja los andamios, que estorban a la clara visión, para que las gentes juzguen de su esfuerzo.

No otra cosa hacen los autores que nos dan en sus obras cuatro líneas de texto y cuarenta de notas, y que llenan de referencias los pies de las páginas. Libros son éstos a los que no resisto por molestos, antiestéticos y pesados.

Y no es esto lo peor, sino que, por lo regular, los andamios suelen ser excesivos y se echa en ellos mucha más madera de la que hace falta. Es de permanente actualidad lo que Cervantes dijo de las citas en el prólogo de su Quijote, de que él se bastaba para decir por sí mismo lo que otros con aparato de autores decían. Suele haber citas donosísimas, y no desconfío de encontrar algún economista que traiga a colación el apoyo de dos, tres o más autoridades para corroborar el principio de que, si hay una corriente de emigración del país A al país B, crecerá la población en B a la vez que disminuirá en A. La mayor parte de las notas que veo en los libros suelen ser perfectamente superfluas.

Digo, pues, que aleccionado por lo que me ha ocurrido y por lo que a otros ocurre, y huyendo de la especial pesadez que llevan en sí las obras producidas por oviparición, me he lanzado a ejercitarme en el procedimiento vivíparo, y me pongo a escribir, como ahora he hecho, a lo que salga, aunque guiado iclaro está! por una idea inicial de la que habrán de irse desarrollando las sucesivas.

«¡Eso es falta de respeto al público!», argüirá, estoy seguro de ello, algún colega en escribiduría; pero yo prefiero la confianza al respeto, y estoy persuadido de que, si algo nos mantiene alejados de nuestro público, si algo hace que no ganemos su confianza, es que no le entregamos la nuestra.

Estoy harto de observar cuán frecuente es que un hombre ingenioso, ameno y discreto en su conversación particular resulte un orador irresistible, y cuántos hay que escriben cartas con singular gracejo y donosura y que, puestos a escribir para el público, no producen más que soñolientas disertaciones. Lo cual proviene de una lamentable idea del decoro y de un temor injustificado al público; y hasta quedan quienes al dirigirse a éste lo hacen en nos, creyendo que, no ya el abuso, sino hasta el uso, del yo es algo presuntuoso, si es que no satánico. ¡Ridiculeces!

Sujetos hay que me hacen exclamar: «Pero ese hombre ¿tiene algo dentro?». Porque cuanto dan al público en sus escritos o en sus discursos es cosa de fuerza puramente externa.

En cierta ocasión se lamentaba un extranjero, amigo mío, de lo raras que son en la literatura española las memorias íntimas, las confidencias y confesiones; de que aquí, al morir un personaje, no se publica, como en otras partes, su correspondencia, y de que apenas poseemos

buenas biografías de nuestros hombres célebres en las distintas actividades humanas. Decíamelo un inglés, y es sabido cuán rico caudal de biografías atesora la literatura inglesa. Y me preguntaba en qué consiste eso. A lo cual hube de contestarle: «Depende en gran parte de cierto ridículo pudor y de un mucho más ridículo estiramiento que nos hace velar a los ojos de los demás nuestras cosas íntimas; pero depende en mayor parte aún de que, para escribir memorias íntimas, es preciso tener intimidad, y aquí andamos muy faltos de ella; para hacer confesiones es preciso tener algo que confesar, y aquí no se tiene sino los pecados vulgares y ordinarios, que se va a depositar rutinariamente al confesionario —y eso quien se confiese así—, y depende el no publicarse correspondencias de que apenas se siguen éstas o son puramente pragmáticas, pues entre las innumerables fobias que de nuestra biofobia se desprenden, es una epistolofía. Hay español que bendice al telégrafo, a ese aborrecible telégrafo, porque le ahorra el tener que escribir cartas, aunque le cueste más caro».

La falta de intimidad es, en efecto, una de las causas que me han hecho siempre más irrespirable el ambiente moral de nuestra sociedad, de esta sociedad en que hay tantos y tantos sujetos que se pasan lo mejor del día en la calle, matando el tiempo en embrutecedoras comadrerías. Cuando alguien me echa en cara —y ha sucedido— el que hable y escriba mucho de mí mismo, contesto siempre esto, y es que prefiero hablar en exceso de mí mismo a no hablar de los demás, y que es mucho mejor el pasarse la vida autobiografiándose que no pasarla murmurando del prójimo, que es como la pasan los hombres recogidos y dignos que celan con esmero su intimidad. Hasta cuando oigo de alguno o de alguna que se pasan las horas muertas al pie del confesor y prolongan mucho sus confesiones sacramentales, pienso al punto que están murmurando de otros y que van allá, no a deponer sus pecados, sino a comentar, por carambola, los del vecino.

Propende el español a vivir en la calle o en el café —mejor es en el café que no en la calle—, entre gentes y en continua charla, y esto haría creer al observador superficial que somos un pueblo comunicativo. Y nada hay más lejos de la verdad. Me moriré sin haber conocido a las más de las personas con las que hablo y trato a diario, y, si las conozco algo, es a pesar de ellas mismas y no por su voluntad. Empiezan por estarnos cerrados, o poco menos, mutuamente los hogares, y sé de uno que estuvo jugando a diario, durante más de un año, al tresillo con otro, e ignoraba si este otro era soltero o casado, ni de dónde era, ni de qué vivía. Y esto es pura y sencillamente insociabilidad, y en el fondo barbarie.

Todo lo cual me trae a la memoria un drama íntimo que pude vislumbrar en el alma de un sujeto a quien traté bastante, y sujeto que se murió sin que nadie en su pueblo se percatara de lo que había llevado dentro durante su vida. Era un hombre atormentado por el

ansia de creer, y sin poder lograrlo; un hombre en quien la cabeza negaba con tanto ahínco como afirmara el corazón; un hombre que, por sus estudios profesionales, se veía llevado a negar lo que las creencias que sus padres le inculcaran afirmaban. Recuerdo una noche en que nos quedamos él y yo, los dos solos, en un casino, hasta ya muy tarde, y en que después de verterme su corazón, aun a su pesar, me dijo: «Y no vuelva usted a atormentarme; no vuelva a suscitar delante de mí tales conversaciones; no se goce en martirizarme así, tomándome como sujeto de experimentaciones psicológicas». Se le quebra ba la voz al decirlo. Le perdí de vista y supe que acabó entregado a la Iglesia y a la bebida, tragándose rosarios y copas de coñac. ¡Pobre hombre!

Y este mi antiguo amigo, que era un hombre inteligente y bueno, ¿no se habría curado, o aliviado siquiera de sus pesares, de haber podido verterlos al público y unir su alma al alma de su pueblo?

Una mañana de niebla, en que salí de casa —de esto hace cinco o seis años—, me produjo el espectáculo de la niebla matutina, con ser frecuente en esta ciudad de Salamanca, un efecto singular, y como nunca antes me lo había producido, merced, sin duda, al estado en que acertara a encontrarse entonces mi alma. Y fue que al ver los arbolillos que bordean la carretera que pasa junto a mi morada de entonces, y verlos sumergidos en la niebla, así como los objetos todos de mi alrededor, y veladas por ella las lontananzas, pareciome como si a aquellos arbolillos se les hubiesen rezumado o extravasado las entrañas, y que ellos no eran más que corteza, continentes de árboles sumergidos en sus propias entrañas, algo así como hollejos de uva dentro del mosto. Y que las entrañas éstas de arbolillos y de las cosas todas se habían fundido unas en otras, dejando a sus cuerpos como armaduras de un guerrero que ha muerto y se ha hecho polvo.

Y recuerdo que, a partir de semejante imaginación, continué mi camino, rumbo a la Universidad, a dar mi clase, pensando en un remoto reino del espíritu en que se nos vacíe a todos el contenido espiritual, se nos rezumen los sentimientos, anhelos y afectos más íntimos, y los más recónditos pensares, y todos ellos, los de unos y los de otros, cuajen en una común niebla espiritual, en el alma común, dentro de la que floten las cortezas de nuestras almas, estas cortezas que son hoy casi lo único que de ellas ofrecemos a nuestros prójimos, y casi lo único que recibimos de éstos. Y continué pensando que es poco menos que forzoso el que sean escritores u oradores neblinosos cuantos se propongan verter al público, por escrito o de palabra, su espíritu, la savia de sus sentires y de sus quererres, y no tan sólo su inteligencia, no sus pensamientos tan sólo.

Cuando alguien me da sus ideas, es decir, lo que se dice sus ideas, como se dice su dinero, aunque éste haya corrido antes por miles de

manos y venga sucio y gastado de todas ellas; cuando alguien me da ideas, las tomo y me las guardo hasta que tenga ocasión de gastarlas, dándolas a mi vez; pero cuando alguien me da con sus ideas algo de su espíritu, cuando en el ademán, en el aire, en la puridad que emplee al dármelas o al recibirlas yo en mi mente, en el calor que me infunden, noto que vienen impregnadas de su alma, entonces hago como los pordioseros que reciben un mendrugo o una moneda de limosna, y es que la besa, y la beso con el corazón, antes de echármela al zurrón del espíritu. Y de estas limosnas espirituales, de estas caridades íntimas, ¡cuán pocas se reciben en el trato corriente de nuestra sociedad, en que se habla por no callar, y en que se cambian palabras como se cambia fichas en un juego!

Decía Schopenhauer que los tontos, no teniendo ideas que cambiar, inventaron unos cartoncitos con figuras diversas para cambiárselos en mil diversas combinaciones, y que de aquí se originó el juego de los naipes. Si esto fuera así, resultaba que los tontos no lo eran tanto como parecen, pues supieron inventar eso. Y además, en la mayoría de los casos vale más, entre nosotros los españoles al menos, ponerse a jugar a los naipes que no ponerse a charlar, pues, cartoncitos por cartoncitos, valen más los de nuestra baraja que los de nuestra conversación.

Conocí un sujeto de grandísimo espíritu, de espíritu rebosante de espiritualidad, es decir, rebosante de sí mismo; sujeto que revivía su vida a cada momento, que hacía suyo lo que era de todos, y de tan singulares prendas, que cuando hablaba, aun haciéndolo en lenguaje corriente y moliente, vulgar y claro, parecía que iba inventando el lenguaje según hablaba y que sus palabras eran virginales, palabras nacidas de consuno con la idea o la impresión que encarnaban. El oírle era un embeleso, sobre todo en ciertos días en que, sin saberse por qué, parecía como que le reventaba el espíritu y se le salía todo por la mirada, por el gesto, por la actitud, por la palabra, por el aliento mismo. Y entonces hacía vibrar el ambiente espiritual en que hablaba, y nos hacía vibrar a todos explicándonos sus ensueños y sus anhelos, y hasta las menores minucias de su vida. Y había otro amigo nuestro que, en ocasiones tales, le interrumpía diciéndole:

«¡Vaya, vaya; si sigues con esas metafísicas, me marchó!». ¡Llamaba metafísicas a lo menos metafísico que cabe concebir! Todo aquello debía parecerle paja.

«¡Paja!... ¡paja!», decía una señorita que conocí yo algo y que gustaba mucho de leer novelas, cuando en éstas venían páginas sin los guiones y los rengloncillos cortos de los diálogos. Las saltaba y se iba a los diálogos, y hasta en éstos no le gustaba que los interlocutores dijese cosa que tuviera que ocupar arriba de dos o tres renglones. Principio éste que he sabido después tienen muy en cuenta nuestros escritores

dramáticos. Era una singular predilección hacia el diálogo insustancial, hacia el diálogo en que las palabras van y vienen de corteza a corteza del espíritu, sin penetrar nunca en éstos.

Se ha dicho y repetido muchas veces que el lenguaje se ha hecho para velar el pensamiento, para mentir; pero, entre nosotros por lo menos —y digo entre nosotros, porque entre los otros no he vivido—, el lenguaje sirve para ahorrarse el pensamiento; se habla cuando no se quiere pensar.

Ayer dejé aquí este ensayo y hoy quiero terminarlo, pero sin volver mi vista atrás, sin revisar lo ya escrito, sin buscar un enlace o consecución meramente externo. Al levantarnos cada mañana, ¿nos recogemos acaso para hacer adrede remembranza del cabo en que dejábamos pendiente nuestro pensar y nuestro hacer de la víspera? No, sino que cada día trae consigo su cuidado. Y así, deberíamos escribir y hablar siempre al tino de la hora que pasa, a la buena de Dios. Mala cosa es esclavizarnos a nada escrito. Tan mala creo esta esclavitud, que, habiendo intentado por dos o tres veces empezar un diario, otras tantas lo he dejado. No quería hacerme el hombre del diario, es decir, el esclavo de su diario. Porque sospecho que muchos de esos que llevan cuidadosamente su diario acaban por no pensar ni hacer sino para su diario, en vista de lo que han de asentar en éste, y que, al traerles de nuevo la vida el despertar de cada mañana, habrán de decirse: «Veamos qué cosecha saco hoy para mi diario». La lectura del *Journal intime* de Amiel me ha producido este triste efecto; el malogrado —iy tan malogrado!— ginebrino se pasó la vida empollando su único huevo.

Y esto no es condenar la intimidad, ya que ayer la estuve realzando; no, no es eso, sino que es condenar la intimidad que se retrae a uno mismo. Nuestro diario deben ser nuestras palabras, nuestros escritos, nuestras cartas, lanzadas a todos los vientos con ráfagas de nuestra alma.

Hay otros, en cambio, que llevan también diario, pero diarios al modo de los cronicones de aquellos ingenuos monjes medievales; diarios en que asientan todos los chismes de vecindad, todas las comadrerías, las chinchorrerías todas de cotarrillo que van recogiendo por el mundo. En tal orden puede hacerse hasta una obra maestra, como las *Memorias* de Saint-Simon o la *Crónica* de Fra Salimbene. Chismes de corte o chismes de convento, ¿qué más da?

Para este último género, para la chismorrería, ¡cuántos ingenios se malogran! Suelen decir que florece en las pequeñas ciudades de provincia, y, en efecto, así es. En ciudades como ésta en que vivo —Salamanca—, hay quienes no pueden vivir sin su buena ración diaria de chismorrería.

En cierta ocasión, paseando con un amigo mío por el Retiro de Madrid, vimos que dos sujetos que iban en conversación delante nuestro y a bastante distancia se paraban de vez en cuando, como si lo que dijese no pudiera decirse u oírse andando, y entonces mi amigo me dijo: «Esos son de provincias, no te quepa duda; lo de pararse a hablar cuando se va de paseo es una costumbre enteramente provinciana. No sé en qué consista». Y yo le respondí: «Pues mira, chico, yo, aunque he vivido casi toda mi vida, y con excepción de mis años de carrera y temporadas sueltas aquí en Madrid, siempre en capital de provincia, hasta mis veintiséis años en Bilbao, y luego en Salamanca, lo cierto es que no tengo tal costumbre. Y, en cuanto a su origen, me parece que puedo darte una explicación que, si no es suficiente, es, por lo menos, ingeniosa». «Venga», me dijo, y yo continué: «No sé si sabrás que allá en Salamanca hay, como en la mayor parte de nuestras viejas ciudades, una plaza cubierta, la Plaza Mayor, con arquillos o soportales, donde la gente se pone a dar vueltas cuando hace mal tiempo, y también cuando le hace bueno. La tal plaza es una escuela de holgazanería y de murmuración. Hay dos vueltas, la de las mujeres y la de los hombres; los hombres van por la parte de adentro, es decir, por la vuelta más corta, llevando su derecha en el sentido del reloj, o, como se dice ahora, en movimiento dextrogiro, y las mujeres van por la puerta de afuera, llevando también su derecha, mas en sentido contrario al del reloj, o sea en movimiento levogiro. Y así matan horas enteras, dándose cara dos veces en cada vuelta y murmurando casi todos. Y es natural que al murmurador le agrade oír lo que los demás murmuradores murmuran, y de aquí que los grupos de circulantes marchen con el oído bien despierto para cazar lo que se diga entre los que les preceden o los que les siguen. Y por esto es por lo que, para defraudar a los escuchas, a los que andan a pescar aunque sólo sea palabras sueltas, suelen pararse de vez en cuando los que pasean murmurando, pues así, con tales paradas, les obligan a los otros a tomarles la delantera. Ve, pues, cómo eso de pararse de vez en cuando los que marchan conversando puede no ser más que una estratagema para burlar la indiscreta curiosidad de los que le siguen en las ruedas de murmuración de los soportales o los arquillos provincianos». A mi amigo le pareció, en efecto, muy ingeniosa, aunque no suficiente, mi explicación. Y yo le añadí: «De lo que no debe caberte duda alguna es de que, cuando se paran así, no es para decir ninguna cosa importante o que exija atención extraordinaria, sino para soltar alguna vulgaridad solemnísima».

¿Vulgaridad dije? Al punto nos pusimos a hablar de ello, de mi tema favorito, o, mejor, de nuestro tema favorito —porque lo es también de mi amigo—, del pesadísimo ambiente de ramplonería que nos abruma y nos ahoga. La ramplonería es la peste del espíritu público español de hoy en día; de dondequiera se desprende un espeso vaho de vulgaridad enervadora. Y esta ramplonería, que es el indiscutible sello de nuestra producción científica, literaria y artística; esta ramplonería que hace

que, a falta de algo mejor, pasen aquí por eminencias en el pensar zurcidores de cosas leídas en revistas y manuales; esa ramplonería que hace nos fijemos más en el valor mercantil o de cambio de las ideas que no en su valor intrínseco y de uso; esa ramplonería es un efecto de nuestra falta de intimidad, del rabioso celo con que ocultarnos a las miradas del prójimo el fondo de nuestras almas, temerosos acaso de que descubran su vanidad.

El español, dice un amigo mío, es por lo general un ser apsíquico, no tiene interior; nuestro gran psicólogo es Velázquez, pues cabe dudar de que ninguno de sus personajes tuviese más que lo fijado por el gran pintor en sus cuadros. Yo no lo creo así, ni mucho menos, porque vuelvo mi pensamiento atrás, a tiempos que fueron, y evoco el recuerdo de nuestros grandes místicos que florecieron a la vez que nuestros grandes hombres de acción. Y de aquí paso a pensar que no cabe hondura de sentimiento sin intensidad de acción.

No que hayan de darse en un mismo individuo unidas la hondura de sentimiento y la intensidad de la acción, y que sea a la vez un místico y un hombre activo —de lo que se han dado muchos ejemplos en la Historia, desde el cardenal Cisneros hasta el general Gordon—, sino que no caben grandes sentidores en pueblo en que no haya a la vez grandes obradores. Y en nuestra España actual se une la superficialidad del sentir con la cobardía en el obrar. El chismorreo y la pequeña intriga; el ir y venir de unos a otros con chinchorrerías de comadre y el intrigar bajo cuerda poniendo chinitas al prójimo en el camino y escondiendo la mano, tal es nuestra miserable vida. ¡Miserables de nosotros!

Y aquí voy a cortar estas líneas, pues de otro modo sería esto, al paso que voy, el cuento de nunca acabar; y voy a cortarlas, porque empiezan a subírseme a flor de alma el asco, la tristeza y la indignación al pensar en los muchos espíritus vivaces, de fondo noble, de generosos anhelos, a los que esta miserable atmósfera les ha convertido en pobres almas, presa de bajas pasiones y que se consumen en labor de topes. La que me irrita contra muchos de mis prójimos, y hace que sea duro y hasta acaso injusto con ellos, es el pensar que pudieron ser ángeles de luz y son demonios de tinieblas; que pudieron ser luchadores del ideal —de un ideal, del suyo, de cualquiera, que esto importa poco—, y son roedores de despreciables chismes; que pudieron levantarse a las cimas en que se está envuelto en más aire y donde nace más pronto para morir más tarde el sol, y se han dejado hundir en los barrancos de la sombra donde el corazón se enmohece; que pudieron vivir empujados por nobles ambiciones y henchidos de amor, porque de puro amor y de fecunda ambición eran sus almas dignas, y mueren día a día arrastrados por la envidia y por el odio. ¡Pobres almas! ¡Pobres almas, presas en la red de mentira, de hipocresía, de cobardía, de envidia, de pereza, de abrumadora

ramplonería que estamos tramando de la mañana a la noche! Y basta. Basta por ahora, Hay que dejar siempre suelto el cabo de la vida. Sólo en la ficción novelesca empiezan por completo y por completo acaban las cosas. ¡Que no acabe este ensayo, que no acabe ninguna de mis obras, que mi vida no acabe, Dios mío!

Setiembre de 1904.